

IDENTIFICACION CON EL ANIMAL EN LAS ESTRUCTURAS NARCISISTAS

David Maldavsky

Introducción

En este trabajo pretendo analizar las características, el fundamento desiderativo y los desenlaces de la identificación con el animal en ciertas estructuras narcisistas, como la caracteropatía impulsiva y la psicosis paranoica masculina. Tras analizar fragmentariamente un historial clínico de una caracteropatía impulsiva y algunos sectores de las Memorias de Schreber, me dedico a considerar ciertos atributos del Yo y las características de la fijación pulsional (en cuanto a meta y objeto) determinantes de la identificación con el animal. Por fin, considero algunos de los desenlaces clínicos de dicha identificación. Este trabajo puede considerarse asimismo un aporte al estudio de un problema central en el tratamiento psicoanalítico de pacientes varones: el ligado con la eficacia de la nostalgia de un padre nutricional. Este concepto se relaciona con las hipótesis acerca de la "roca viva" del análisis en el hombre.

Análisis fragmentario de una estructura impulsiva.

En 1977, en un trabajo escrito en colaboración con J. C. Wencelblat describí un paciente al cual definimos como "carácter epiléptico", que tenía, como componente básico, una estructura impulsiva, apasionada. El paciente se quejaba de que, a diferencia de sus hermanos varones, careció de una evolución intelectual destacada; en cambio, alcanzó gran éxito como empresario. De niño, en un pequeño pueblo rural, estudió música como sus hermanos, pero rompió uno tras otro los arcos de su violín. Una vez lo hizo "basteando", término que usó en lugar de "visteando" (es decir, simulando un duelo a cuchillo, en que la vista tiene fundamental importancia). En mitad de una partida de ajedrez, solía ausentarse por unos momentos para realizar un acto sexual o una masturbación en un callejón cercano, entre los yuyos. Pedía al contrincante que, si alguien preguntaba por él, respondiera que se había ido al baño. Comentó que

el problema de la juventud es terrible en el campo, por falta de educación rectora. En la actualidad, pasados ya los 40 años, tenía varias relaciones sexuales por día con distintas mujeres y, de noche, para lavar sus culpas, una nueva relación con su esposa. Además de las mujeres a las que seducía ocasionalmente, el paciente tenía una amante desde hacía siete años, que trabajaba como "cortadora" en una fábrica textil de un amigo. Su padre, a quien admiraba por su fuerza y su habilidad como jinete, había muerto hacía siete meses.

En la primera sesión mostró preocupación por su hijo mayor, epiléptico, que había ingresado en la pubertad. Temía que lo ocurriera lo mismo que a él a esa edad, es decir, que despertara su naturaleza sexual, que estaba dormida. Comentó: "quiero que a mi hijo no le pase lo que yo he pasado. Pasé cosas muy feas, muy feas, en el callejón, en el campo: yuyos, todas las barbaridades de la vida, las peores cosas. Yo quisiera que mi hijo, el día que lo haga, aunque sea con una prostituta, lo haga perfectamente bien, en una cama, como corresponde, como manda la ley, que no sea tan bestia. Yo admito que he sido un animal, y hasta la fecha cometo cosas de animal, cuántas".

En la segunda sesión de su tratamiento aludió a una joven que "se dedicaba a hacer engaños, a ser un tipo de curandera. Había una especie de oveja que hablaba con ella". Más adelante se refirió a que su padre lo había atado a un árbol con la cadena del perro. Recordaba un único sueño infantil, un sueño de angustia: un caballo lo comía. Durante el tratamiento relató diferentes historias que lo impresionaron. Una, Pígalión, de Bernard Shaw, y otra, la de una familia que no tenía hijos y sí un perro muy querido, al que sólo le faltaba hablar. Cuando finalmente llegó el hijo, el perro empujó el cochecito que lo contenía a un precipicio.

En el trabajo de 1977 destacamos la importancia del deseo homosexual, la nostalgia de un padre despótico, brutal, injusto. Con-

sideramos la eficacia de una fijación oral—dado que había tomado la mamadera (a la cual denominaba "el tónico") hasta la pubertad— y de una fijación anal primaria. Describimos el uso de las mujeres como ayudantes para defenderse de la homosexualidad. En suma, el paciente había desarrollado una erotomanía (no un delirio erotomaniaco, sino una práctica erotomaniaca) como defensa frente a la homosexualidad, como modo de refutarla. A esto podría agregar que el Yo-placer desarrollaba una defensa frente al juicio de su homosexualidad: la desmentida. Pero deseo puntualizar aún otro aspecto del historial fragmentariamente reseñado, que tiene que ver con el análisis de ciertas identificaciones, ante las cuales el Yo oficial entra en conflicto. No me refiero solo a la identificación con una mujer, de la cual derivaba la práctica erotomaniaca, sino a la identificación con un animal. Ambas identificaciones implicaban un vínculo particular con el padre, pero mientras que la identificación con el animal era reconocida por el paciente, la identificación con la mujer le resultaba inadmisibles.

Hecha esta síntesis, considero conveniente profundizar el análisis de un paranoico, Schreber, con la meta de contrastar las conclusiones derivadas de una y otra investigación clínica.

Análisis fragmentario del delirio de Schreber

Freud explica el delirio de Schreber como derivado de una defensa frente a un deseo homosexual, el deseo identificatorio con una prostituta. Este deseo deriva de la nostalgia del padre, incrementado, por un lado, por la cercanía a la edad de su muerte, y por otro lado, por no haber podido saldar una deuda con él a través de la entrega de un hijo, que tal vez hubiera debido llevar su nombre. Cuando Schreber enfermó de paranoia tenía 51 años y su delirio paranoico duró hasta los 53, más precisamente, hasta el mes de noviembre de

1895 (el padre de Schreber había muerto en noviembre, a los 53 años); en ese momento, a Schreber se le impuso una solución: feminizarse como modo de mantener un orden universal. Con ello buena parte de su delirio cesó, y Schreber pasó de la paranoia a la caracteropatía restitutiva. En efecto, Schreber, entregado al goce sensual, masturbatorio, se identificó con una mujer, con una prostituta. Pese a la desaparición de buena parte de los síntomas, uno continuó preocupando a Schreber. Este lo denominó "el milagro del aullido". Schreber describe este milagro como derivado de un impulso imposible de inhibir. El aullido se le presenta en diferentes circunstancias: antes de dormirse (hecho que lo obligaba a levantarse), al vestirse, antes de defecar, a la mañana (con lo cual podía permanecer en la cama un rato más), durante la comida. Entre estas múltiples ocasiones en que aparecía el milagro Schreber subraya una "tan pronto como dejo que se produzcan pausas de mi pensar, sin asumir al mismo tiempo el cultivo de la voluptuosidad". El modo de neutralizar los aullidos podía consistir en volver a entregarse a la voluptuosidad o bien a alguna ocupación que demostrase que era un ser pensante, y no un imbécil.

Schreber destaca el carácter incómodo de los aullidos, que se le presentaban como un síntoma. Afirma: "siento, naturalmente, como algo indigno tener que aullar en cierta manera como un animal a consecuencia de los milagros que se llevan a cabo contra mí". Otro fragmento permite inferir cuáles son los procesos que culminan en la irrupción del aullido. Schreber se refiere a la intervención de los milagros que permiten ejercer las "funciones naturales, para toser, estornudar y aun para ventosear y evacuar, etcétera; se hacen también milagros sobre los animales vivientes que están cerca de mí, ya que, por las observaciones que hice al respecto, me resulta indudable que, por ejemplo, el relincho de los caballos, el ladrido de los perros, etcétera, es provocado mediante

el influjo pertinente sobre los nervios de estos animales".

Los aullidos eran en principio un efecto de la falta o bien de concentración en la propia voluptuosidad (masturbación) o bien de alguna actividad que demostrase que Schreber no había perdido su carácter pensante (por haberse masturbado). Por lo tanto, el aullido constituía una afirmación de la propia imbecilidad; o más bien parecía derivar de la identificación omnipotente con un animal (que relincha o ladra), identificación que para otro Yo constituía una afirmación de imbecilidad. La búsqueda de la actividad racional que refutase esta afirmación era por lo tanto posterior a la identificación con el animal. En cuanto al deseo de ser un animal, deseo realizado en el aullido, parecía ligado a la entrega a la voluptuosidad. Por lo tanto, la secuencia debe reordenarse: 1) actividad autoerótica, 2) identificación con el animal, 3) refutación de esta identificación. La identificación con el animal implicaba la desconstitución del Yo que mantenía la racionalidad, y parecía derivar de la fijación anal primaria (de allí la equiparación entre toses, estornudos, flatos, evacuaciones, lamentos y relinchos), ya descripta. Constituía una posición particular ante las manifestaciones interpersonales, de tipo cultural: "Cuando me encuentro en lugares públicos, en compañía de personas educadas, siempre que no esté manteniendo una conversación en voz alta, logro, en las pausas necesarias, evitar totalmente o poco menos los aullidos mediante el recurso de contar de manera continuada. A lo sumo se producen entonces ruidos, que pueden ser interpretados por otras personas como toses, carrasperas o en todo caso como bostezos algo descorteses, y que por lo tanto no son propicios para suscitar especial escándalo". Por lo tanto el aullido es un modo de desatribuir injuriosamente a quien habla. El mismo anhelo de libertad con respecto a las ataduras de la propia racionalidad y el mismo odio a dichas restricciones, característicos de la identificación con el animal, se infieren del siguiente párrafo: "En los paseos por caminos vecinales solitarios, a campo traviesa, etcétera, en cambio, cuando no hay otras personas cerca de mí, me explayo. Entonces dejo que sencillamente me sobrevenga el ulular; éste se repite a veces entre 5 y 10 minutos casi sin interrupción. En esos momentos me siento corporalmente muy bien".

La secuencia descripta: autoerotismo anal primario-identificación primaria, es coherente con el supuesto teórico, que afirma que la satisfacción autoerótica es el primer modo de manifestación de una pulsión, y que la identificación correspondiente (es decir la constitución de un Yo acorde a esta satisfacción) aparece en un momento posterior.

En cuanto a la voluptuosidad autoerótica a la que Schreber se entrega, requiere mayor aclaración. El límite que Schreber le atribuye es solo el agotamiento somático, es decir, las pulsiones de autoconservación, regidas por el principio de constancia: "Un exceso de voluptuosidad haría al hombre incapaz de cumplir las otras tareas que le incumben". Los aullidos corresponderían entonces a su rebeldía a inclinarse ante las limitaciones al goce impuestas por las necesidades.

En el contexto de esta refle-

xión sobre la identificación con un animal, cabría preguntarse también por la naturaleza particular del goce de Schreber. Este se apresura a aclarar que no consiste en perseguir sexualmente a mujeres, ni en entregarse a un comercio sexual cualquiera, sino en mirarse a sí mismo como hombre y mujer, "realizando el colto conmigo mismo, dedicándome a cualquiera actividades tendientes a la excitación sexual —las que quizás en otras circunstancias resultarían obscenas— etcétera, en lo cual, por supuesto, está excluido todo pensamiento de onanía o cosas semejantes". Poco más adelante describe la meta del cultivo de la voluptuosidad: crear "un estado corporal tolerable o hasta un bienestar sensible que lo rebasa". Podemos inferir que se trata de un modo particular de acceso al goce, a través de la relajación muscular y no solo por la expulsión de sustancias espermáticas. Los estremecimientos consecuentes de goce derivan de una identificación con el orgasmo femenino, y se estructuran sobre la base de una conversión de la pulsión genital según la matriz de la pulsión anal sádica primaria. Schreber afirma: "Cuando, en un caso de necesidad, evacuo realmente —para lo cual, como casi siempre encuentro ocupado el retrete, me sirvo por lo común de un cubo— esto va ligado siempre con un desarrollo sumamente enérgico de la voluptuosidad del alma. Es decir, el liberarme de la presión ocasionada por los excrementos que están en el intestino tiene como consecuencia para los nervios de la voluptuosidad un intenso bienestar". Recordemos además que al aludir a los aullidos, generados por milagro, los incluyó, por un lado, junto con relinchos y lamentos y por otro con un conjunto de "funciones naturales" que poseen todas un carácter expulsivo: toser, estornudar, ventosear y defecar. Tal vez en algún momento este tipo de goce ligado a la expulsión haya coincidido con, antecedido o sucedido a la autoestimulación del pene que culmina en eyaculación, pero en otros momentos haya cobrado independencia con respecto a esta función sexual y se haya manifestado como función sexual autónoma.

Este tipo particular de goce culmina en una identificación con un animal, y la realización de este deseo de ser se expresa por el aullido. Este deriva pues de la imposibilidad de inhibir la actividad masturbatoria y pone de manifiesto una actitud expulsiva, consecuencia de la desatribución y proyección de una realidad presuntamente objetiva, actitud necesaria para mantener la masturbación, aunque implique desconstituir un fragmento del Yo oficial, del Yo real definitivo.

Una consecuencia de este proceso es que el Yo no logra establecer un enlace entre el nombre y la cosa, como lo describe Schreber al quejarse de que, cuando veía a un conocido y afirmaba "ahí está el señor Schnelder", las voces lo acosaban con la pregunta acerca del por qué del nombre. De tal modo, se promueve un efecto: la desconstitución de un imperativo categórico que garantiza el enlace entre palabra y cosa, sobre todo en relación con ese nombre particular que es el del ejecutor de la castración (Scheider, el cortador)

Identificación con el animal: naturaleza y origen

Es llamativo que ambos análisis, el del paciente impulsivo y el de la paranoia de Schreber, arrojaran resultados con numerosos elementos en común: el deseo homosexual (el deseo de ser la prostituta, una mujer generada por un deseo pigmaliónico), una posición hostil hacia la cultura y la autoridad, la identificación con el animal, una fijación anal primaria, y una relación particular con aquella persona en quien recae un nombre ligado al acto de cortar. Si existen tales elementos en común y sin embargo los desenlaces clínicos difieren, solo nos cabe una conclusión: la combinatoria entre dichos elementos en el Yo es distinta. Es decir, la combinatoria de las defensas con que el Yo enfrenta las exigencias de sus tres grandes señores (realidad exterior, Ello y Superyó) es causa de las diferencias entre uno y otro caso.

Deseo centrar el análisis en un punto nodal, la identificación con el animal. Esta identificación implica un tipo particular de preconciente, un modo de hacer conciente lo inconciente mediante la motricidad. Este preconciente cinético suele articularse con una ilusión de omnipotencia basada en la identificación primaria con una madre activa o con el padre. La frase de una sola palabra, como la del niño del juego del carretel descrito por Freud en 1920, también corresponde a este tipo de preconciente. Un ejemplo de ello son los aullidos proferidos por Schreber. A ello podemos agregar un preconciente olfatorio, es decir, un tipo particular de criterio de enlace entre representaciones, de lo cual Freud dio un excelente ejemplo al analizar el sueño de un paciente paranoico, en 1921. En suma, identificación con el animal implica la vigencia de un tipo particular de ilusión de omnipotencia, de carácter cinético, y un preconciente motriz y olfatorio.

El tipo de proceso que llega a la conciencia bajo la forma de la identificación con el animal, se origina en una fase determinada del desarrollo de la libido, esa fase a la que desde el punto de vista de la meta denominamos sádico-anal primaria y desde el punto de vista del objeto llamamos homosexual.

Es necesario aclarar estas afirmaciones. La meta sádico-anal primaria consiste, para Freud, en el placer de perder y aniquilar. Es una meta doble, ya que la pulsión posee dos componentes, uno anal y otro sádico. El primero tiene una meta pulsional pasiva: perder, y la zona erógena es la del ano. Allí las heces aparecen como sujeto estimulante, y el ano como objeto. El segundo componente, sádico, ligado con el placer por aniquilar, deriva del uso de las extremidades. En 1931 Freud sostiene que la actividad colérica, agresiva, es posterior a la estimulación pasiva en el ano, de modo tal que entre ambos elementos, el anal (pasivo) y el sádico (activo), parece haber además un enlace causal, consistente en el pasaje de la pasividad a la actividad.

Pero aún nos queda por analizar en qué consiste esa elección homosexual de objeto que atribuimos al proceso que se manifiesta en la conciencia como identificación con el animal. Para

Freud, la elección homosexual es lógicamente posterior a la Investidura libidinal del Yo. En esta elección homosexual de objeto la libido inviste a un doble que tiene el mismo atributo genital que el Yo. Pero esta Investidura homosexual no es discernible aún del amor a las propias heces, como corresponde a ese momento en que se constituye el concepto inconciente caca-pene-niño. De modo tal que el amor homosexual es en última instancia una Investidura libidinal de las propias heces, causa del goce anal. Si el Yo es pasivo, el goce ligado a esta fijación homosexual se manifiesta como un tipo particular de masoquismo erógeno, centrado en el placer de ser humillado y avergonzado, y en la fantasía de caer, de ser desprendido de las heces. Es notable la importancia que tiene, en este contexto erógeno, el acto de contraer el esfínter anal y cortar así el escibalo, que se desprende y cae. Una parte del carácter pasivo del goce anal se debe a la imposibilidad de trasponer en términos visuales la erogeneidad ligada a la defecación, tal como lo adelanté en 1978. Si el Yo es activo, el goce ligado a esta fijación homosexual se expresa como placer por arrojar a ese doble de sí (las heces-niño) fuera de la vista, como lo hacía el niño de Freud con el carretel. La actividad motriz implica una identificación con las heces estimulantes, activas, con respecto a la zona erógena anal, lo cual permite inferir el carácter masoquista del goce anal previo, pasivo.

Pero si recordamos que el niño del juego del carretel lograba un placer secundario al recuperar el juguete para volver a arrojarlo, podemos atribuir a esta fijación homosexual una tercera meta, ligada a la extracción de un bien anhelado cuyo destino posterior es perderse nuevamente. De tal manera, la secuencia pulsional, en cuanto a la lógica del goce, sería: placer por perder (pasivamente); placer por aniquilar (activamente); placer por extraer un bien que otro desea retener, como causa de su goce.

Este último punto lleva a complejizar el análisis del origen de esta identificación con el animal. En efecto, el placer por extraer un bien es una meta pulsional que se articula con un tipo particular de Investidura de objeto, al que podemos denominar nostalgia de un padre nutricio. Freud postula que el temor a ser mordido por un animal deriva en los niños del deseo de devorar al padre. Este surge de una trasposición del deseo oral hacia la madre, pero en el vínculo con el padre dicho deseo queda insatisfecho, no ha tenido ocasión de consumarse, ni tuvo una vivencia de la cual derive. Solo surge por trasposición del vínculo con la madre, y por ello constituye un tipo particular de deseo, es decir, un anhelo, que consiste en un proceso de Investidura que sólo puede acceder a la conciencia gracias a una percepción (nunca acontecida), y no gracias al preconciente. Este anhelo de un padre nutricio es el que se articula con la meta pulsional extractiva, y se manifiesta en la relación del paciente impulsivo con la mamadera, hasta la pubertad. Se trata de un anhelo de obtener ese bien ilusorio que el padre retiene, gracias al cual el Yo podría acceder a la felicidad, y por cuya búsqueda desenfrenada pueden ocurrir desenlaces

adultos en que el Yo llega hasta un estado de abyección (como ocurre con Dorlan Gray). Parte de este anhelo puede luego sublimarse como pulsión de saber, en que el bien buscado pasan a ser palabras; la ilusión de autoengendramiento queda sustituida entonces por el apetito inconciente de saber acerca del origen de los niños.

Pero con ello nos acercamos al análisis de los desenlaces posibles de ese proceso que en la conciencia se manifiesta como identificación con el animal. Antes, es conveniente realizar una síntesis de lo común, ya que a partir del análisis de estos desenlaces pasamos a considerar las divergencias. Lo común a este proceso es no sólo una característica en el Yo (el preconciente motriz y olfatorio, la frase de una sola palabra, la omnipotencia cinética) sino también una fijación pulsional anal primaria (en cuanto a su meta) y homosexual (en cuanto a su objeto). La meta pulsional anal primaria es expulsiva, destructiva y extractiva. El objeto homosexual se rige por la lógica que lleva a la constitución inconciente del concepto caca-pene-niño, y por el anhelo del padre nutricio.

Destinos de la identificación con el animal.

El análisis de las divergencias entre los desenlaces de esta fijación infantil debe comenzar con otro punto, en el cual ocurre, contradictoriamente, una coincidencia, referida a la posición inicial ante la percepción de los genitales femeninos, de la falta de pene. En 1918 Freud describe este proceso en los siguientes términos: "Nos ha devenido notoria la inicial toma de posición de nuestro paciente frente al problema de la castración. La desestímó y se atuvo al punto de vista del comercio por el ano. Cuando dije que la desestímó, el significado más inmediato de esta expresión es que no quiso saber nada de ella, siguiendo el sentido de la represión. Con ello, en verdad, no se había pronunciado ningún juicio sobre su existencia, pero era como si ella no existiera". Se trata, pues, de un primer movimiento defensivo, en que el rechazo de la percepción se rige por los criterios del juicio de atribución: aquello desatribuido como bueno o útil debe ser proyectado, proceso que se evidencia en la evacuación intestinal con que el niño de un año y medio reaccionó ante la percepción del coito entre sus padres, cuando advirtió la falta de pene en su madre. La percepción fue categorizada según la lógica erógena de esta fijación libidinal: excitó su deseo de perder, su pasividad anal, como luego, de adulto, ocurriría con las onemas, según el relato de Freud cuando analiza la neurosis infantil del Hombre de los Lobos. En tal caso el ver queda regido por una lógica defensiva en que la imposibilidad de defecar, de ser dueño de sus heces, se articula con la aparición de un velo ante sus ojos.

Pero posteriormente se constituyen el Yo real definitivo y el juicio de existencia. Con él, un nuevo proceso de Investidura (la nostalgia del falo materno) culmina, al quedar frustrado, en una fantasía, la de la castración, cuya ejecución es atribuida al padre. A partir de este momento pueden ocurrir diferentes desenla-

ces de la anterior fijación homosexual, ya que entra en contradicción con el horror a la castración, en un momento de intensa Investidura del propio pene como fuente de placer autoerótico. Estos diferentes desenlaces conducen al desarrollo de defensas específicas.

Por lo tanto, si deseamos pasar de lo común de la fijación infantil a la diversidad de las manifestaciones clínicas, debemos interrogarnos sobre las vicisitudes defensivas acontecidas en uno y otro caso. Este razonamiento se atiene al criterio de Investigación de Freud, para quien las diferencias entre las estructuras psicopatológicas derivan de las características de las formaciones sustitutivas preconcientes, y éstas, a su vez, son el efecto de los procesos patógenos, defensivos. De modo tal que el análisis de las defensas y de las formaciones sustitutivas consiguientes (derivadas de un reprocesamiento de las fijaciones pulsionales) es el camino para explicar las divergencias entre los desenlaces clínicos, pese a la identidad de los complejos nucleares.

En este contexto teórico es pertinente introducir el concepto de corrientes psíquicas, al que Freud apela, implícita o explícitamente, en varias oportunidades. Las corrientes psíquicas del Yo derivan de que éste tiene una posición intermedia entre la pulsión y la realidad ilusoriamente objetiva. A partir de la fase fálica, cuando entre ambos exteriores existen contradicciones, el Yo puede ponerse del lado de la pulsión o del lado de la realidad supuestamente objetiva (generada de hecho por el mismo Yo, a partir de los juicios). Si el Yo se pone del lado de la pulsión, debe surgir una defensa contra la realidad creída como objetiva. Las defensas más conocidas son dos: desestimación y desmentida, en cuyo caso puede mantenerse el autoerotismo. Si el Yo se pone del lado de la realidad supuestamente objetiva, debe surgir una defensa contra la pulsión. Las defensas más conocidas son tres: represión primordial, identificación secundaria, sublimación. Todas estas corrientes psíquicas derivan para Freud de predisposiciones, y el predominio de alguna de ellas tiene un origen constitucional.

No creo conveniente realizar ahora un análisis detenido de estas defensas, que Freud considera en diferentes oportunidades. He dedicado a varias de ellas trabajos específicos, en que procuro profundizar en las hipótesis freudianas. En esta oportunidad solo deseo puntualizar que si desmentida y desestimación tienen en común oponerse a la realidad supuestamente objetiva, difieren por el destino que le dan al sector psíquico que representa a dicha realidad, es decir al Yo real definitivo y al Superyó. La desmentida implica que los juicios derivados de estas estructuras psíquicas sean cuestionados; la desestimación, en cambio, implica que no se constituyen o quedan abolidos, desestructurados, los sectores del Yo y del Superyó que generarían dichos juicios. Igualmente, represión primordial, identificación secundaria y sublimación poseen algo en común: la oposición a la pulsión, a su representante psíquico (representaciones reprimidas y Yo-placer purificado), y algo diferente: el destino conferido a aquello a lo que

se oponen. La represión implica la formación psíquica de un territorio poderoso y extraño al dominio del Yo oficial; la identificación secundaria, en cambio, supone la transformación de los deseos previos en una estructura (el Superyó y luego el Yo, en un carácter), y la sublimación, por fin, la satisfacción de la pulsión, seos, pero con un cambio de meta y de objeto, con un valor social.

Por lo tanto, es posible extraer otra conclusión: cada corriente psíquica posee no solo una relación con la pulsión y con la supuesta realidad exterior sino también con las demás corrientes psíquicas. Por ejemplo, la descripción de Freud del triple vasallaje del Yo (real definitivo) implica que éste debe conciliar tres grandes amos: la pulsión, la realidad supuestamente objetiva y el Superyó. Algo similar le ocurre al perverso, en quien domina la desmentida y se pone del lado de la pulsión: debe conciliar además las exigencias impuestas por la realidad ilusoriamente objetiva con las derivadas del Yo real definitivo y del Superyó. Todas estas defensas operan imponiendo transformaciones en el preconciente, en el cual deben surgir sustitutos diversos, como transacciones (más o menos exitosas), entre las corrientes en pugna. En un principio las diferentes corrientes se conjugan sin entrar en mayores conflictos: éstos se presentan, en cambio, con los grados crecientes de diferenciación psíquica.

En 1918 Freud describe una articulación particular entre varias de estas corrientes psíquicas: "Al final subsistieron en él, lado a lado, dos corrientes opuestas, una de las cuales abominaba de la castración, mientras que la otra estaba pronta a aceptarla y consolarse con la feminidad como sustituto. La tercera corriente, más antigua y profunda, que simplemente había desestimado la castración, con lo cual no estaba todavía en cuestión el juicio acerca de su realidad objetiva, seguía siendo sin duda activable". Algo similar postula Freud en 1927, al analizar el problema del fetichismo. El predominio de una de estas corrientes sobre las demás determina diferentes desenlaces clínicos.

Pasemos ahora a considerar el destino del deseo homosexual, expresado como deseo de ser un animal y como deseo de feminización, en los análisis clínicos antes expuestos. Si la defensa se dirige contra el Yo real definitivo (y los juicios de existencia) y contra el Superyó (y los juicios críticos, derivados de los juicios de atribución de la primitiva omnipotencia infantil), entonces el anhelo de un padre nutridor se conjuga con el deseo de ser una prostituta. Con ello no se ve perturbado el goce masturbatorio, pero surgen diferentes procesos psíquicos derivados del displacer que promueven en un Yo la afirmación arrogante de la propia animalidad y la identificación con la prostituta. En un caso la defensa ante el deseo de prostitución fue su transformación en erotomanía; en el otro, culminó en delirio. Pero además el deseo de ser un animal culminó en uno y otro caso en desenlaces diferentes: el autorreproche y el autillido. Por lo tanto las defensas ante el deseo de ser un animal y ante el deseo de ser mujer difieren, porque implican una posición diferente ante la castración. El deseo de prostitución implica

la pérdida del vínculo con el pene, investido de un modo narcisista; el deseo de ser un animal, en cambio, supone sólo perder la racionalidad, desconstituir los procesos psíquicos preconcientes correspondientes al Yo real definitivo, pero con la posibilidad de conservar el placer autoerótico. Si la defensa se dirige sobre todo contra el deseo de feminización, el deseo restante, de ser un animal, queda como marca de un proceso psíquico complejo en que anhelos y defensas se conjugan de un modo particular.

Pero la hipótesis de la fijación en un anhelo del padre nutridor parece ser contradictoria con esa otra, que expusimos luego, acerca de la actitud hostil hacia el Yo que emite juicios de existencia traumatizantes y hacia el Superyó, estructuras ligadas a la identificación-padre. De hecho, son dos posiciones ante el padre surgidas en momentos diferentes: el de la omnipotencia cinética, previa a la constitución del Yo real definitivo (de allí deriva la identificación-animal), y el de la fase fálica, cuando este Yo ya se ha vuelto eficaz (de allí

deriva la identificación-madre y luego en la prepubertad la identificación con la prostituta).

Para caracterizar el desenlace de esta identificación con el animal, debemos analizar sus relaciones con la identificación-padre, como ejecutor de la castración. En las psicosis, la identificación con el animal es contradictoria con la identificación-padre, como corresponde a la desestimación que sustituye al juicio de existencia y al juicio crítico del Superyó (existen otros procesos de desestimación, neuróticos o perversos, pero no psicóticos, que se dirigen contra los deseos, contra las investiduras pulsionales de representaciones). En cambio, en cuadros como los del paciente impulsivo antes descrito, la identificación-animal es compatible con una variedad particular de la identificación-padre: una identificación hostil, desafiante, lo cual implica la posibilidad de mantener la lucidez, pese a la oposición a las normas puestas como consensuales. Ser animal, por lo tanto, implica mantener una inte-

ligencia hostil hacia las normas, como se lo atribulamos a Tarzán, el hombre-mono, o a otros personajes heroicos de la periferia de la civilización (el gaucho, por ejemplo). De allí el posterior autorreproche por ser un animal. El Superyó no inhibe a la pulsión sino que promueve el arrepentimiento posterior a la consumación de un acto, como le ocurría a Dostoevski.

Como consecuencia de este desenlace, el paciente impulsivo pudo trastocar el vínculo hostil con un padre castrador en una relación erógena con la cortadora, allí donde Schreber no halló otra solución que desimbricar el vínculo entre palabra y cosa, en relación con Schneider, el cortador. En el Yo de Schreber, la identificación con el animal, que indicaba la pérdida de la identificación-padre, sólo podía expresarse mediante una desconstitución de la lógica con que operaba el preconciente. El aparato articulatorio de sonidos quedaba regido por los criterios de un Yo-placer purificado cuya afirma-

ción arrogante de omnipotencia (en el aullido) sumía a otro Yo en un trauma.

De modo tal que existen otras dos identificaciones posibles en la fase fálica, además de la identificación-padre: la identificación-madre y la identificación-animal. La fijación en esta última suele atribuirse al poder despótico del padre y es expresión del desafío de su palabra. En su origen, esta identificación es anterior al juicio de la castración materna. Por lo tanto, la oposición fálico-castrado adviene luego de otra, animal-humano.

Ahora bien, hasta este punto presenté solo dos destinos posteriores de esta identificación con el animal, cuando dominan desestimación y/o desmentida: paranoia y caracteropatía impulsiva respectivamente. También en las melancolías hallamos vestigios de las correlaciones entre nostalgia de un padre nutricio e identificación con el animal. En efecto, en el caso del pintor Cristóbal Haitzman, que Freud describe como un duelo patológico, el dia-

blo se presentaba en sus alucinaciones con patas de animal y dos pletóricos pechos. Tal vez la diferencia entre el destino de esta identificación en paranoia y melancolía derive de que en la primera la desestimación se dirige contra el Yo real definitivo y el Superyó, y en la segunda, sólo contra el Superyó.

Otro destino de esta identificación se manifiesta en la zoofobia del pequeño Hans. En este caso, el deseo homosexual ha quedado reprimido, y la identificación con el animal coincide con la identificación-padre, de la cual es sustituto. Vestigios de esta solución, en que se manifiesta la eficacia de la represión, aparecen también en el recuerdo del sueño infantil de angustia del paciente impulsivo. Cuando esta identificación-animal es asimilable a la identificación-padre, además de casos como los de zoofobia, nos encontramos con diferentes desenlaces no clínicos, como por ejemplo la constitución de un Superyó totémico y ciertas sublimaciones.